

cia infinita, la absoluta subjetividad y la franqueza le han deparado con justicia un numeroso público.

Vivisecciona lobos, mandriles, gallinazos y lagartos de todos los sexos, fuera de piscos y gallinas y demás sapos y culebras que más corrientemente salen por las bocas compatriotas. Vale decir, con ponzoña de víbora enciclopédica que hace de ésta una lectura tan entretenida como esclarecedora. No olvidemos que cuando en el país se menciona una bestia, es porque se espera escuchar el disparo de inmediato. Antonio Montaña se aparece con el cuero de ñapa.

Merece citarse su desdén clarividente, el elemento más constante en este libro:

"El *snob* es capaz de gastar una fortuna en piezas precolombinas que su 'guaquero de confianza' fabricó hace una semana, y afirmar con aire de conocedor impecable que las de su vecino son falsificadas. El logo, a quien el barro le parece poca cosa, preferirá adornar su casa con las reproducciones en cobre de los diseños precolombinos. Al fin y al cabo el metal bruñido es mucho más elegante" (pág. 13).

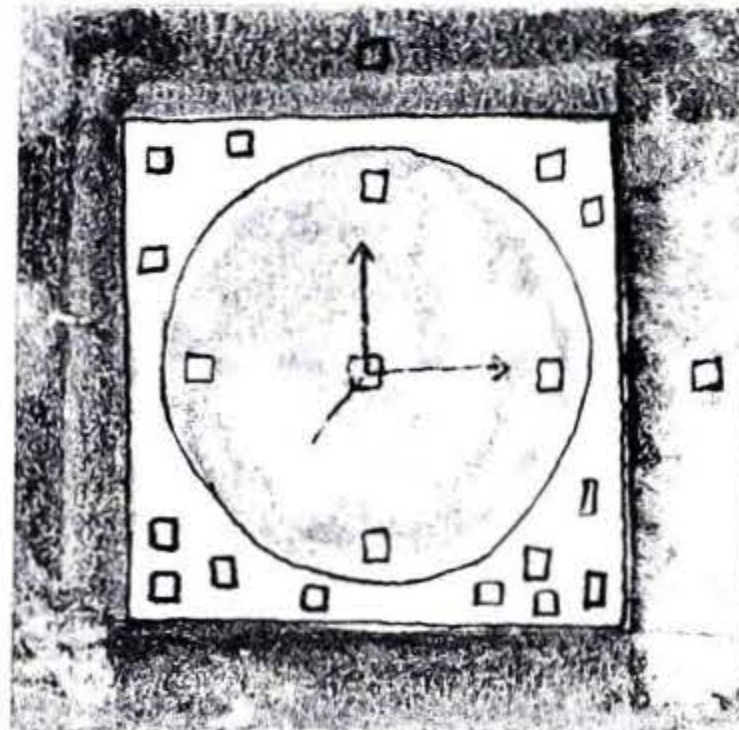
Pero no todo es displicencia. Tales el caso del mandril, por quien el autor deja entrever alguna simpatía, dispar pero en el fondo honesta. La etología de este ser que a fuerza de calentanismo, autenticidad y desmesura ya ni levanta ampollas, constituye quizás el más logrado capítulo del libro.

También hay ascos y bravatas que afortunadamente no disfrazan del todo al personaje detestado. Así, el rey de los lagartos, que asciende a las cimas del poder, "habla gangosamente y va soltando las palabras con pausas que hacen semejar su alocución a la cadencia con la que un camello produce en marcha la boñiga" (pág. 104).

Y hay historia, para la cual ostenta el autor una capacidad de síntesis realmente ejemplar:

"En un país que tuvo vocación de mico, es decir, de mimador y entonces podríamos decir que también de lobo, el mandril apareció en las zonas rurales. Los lagartos se volvieron hombres de las leyes. Los lobos defensores de la opción democrática y los

mandriles guardianes de ambas cosas. No para imitar ni para ganar, sino para ser, simplemente. Boves fue, y así lo llamaban, zambo y por lo tanto lobo. Maza y Urdaneta, mandriles. Santander, lagarto. Si alguien quisiera seguir el tránsito de esta fauna hacia el poder, se encontraría con algo que no causa a nadie sorpresa: el mandril se volvió gorila. El lagarto, poder. Y los lobos, la 'vocación democrática' de los países fraudulentos' (págs. 68-69).



Sólo por no seguir citando habría que pasar a señalar dos estorbosos desentonos de este libro. El primero sería el del capítulo sobre las culebras, que cae en el romo alegato econo-sociológico, tal vez porque éstas no forman propiamente parte de nuestra fauna social y son más bien un mal o una costumbre universales. El segundo sería el del capítulo sobre los pájaros, que por tocar episodios de sangre (como si al de los mandriles le faltara hemoglobina) olvida la inclemencia del humor y, dando el brazo a torcer, pasa a la denuncia abierta. Busca ser *serio*, acaso conmover, en medio de la farsa; pero mejor habría reposado en el volumen original, *La violencia en Colombia*, de donde fue tomado, según cita Montaña, textualmente.

Es curioso —mejor decir curioso que significativo— este desliz de querer darle "peso" a una obra cuya virtud más destacada es la volatilidad. Hay que esperar que esta concesión a los tiempos aciagos no sea un indicio de que se está gestando un nuevo "compromiso" de nuestra literatura, en este caso el letal compromiso de dudar de sí misma.

CARLOS JOSÉ RESTREPO

Apologética

Bolívar: el Libertador

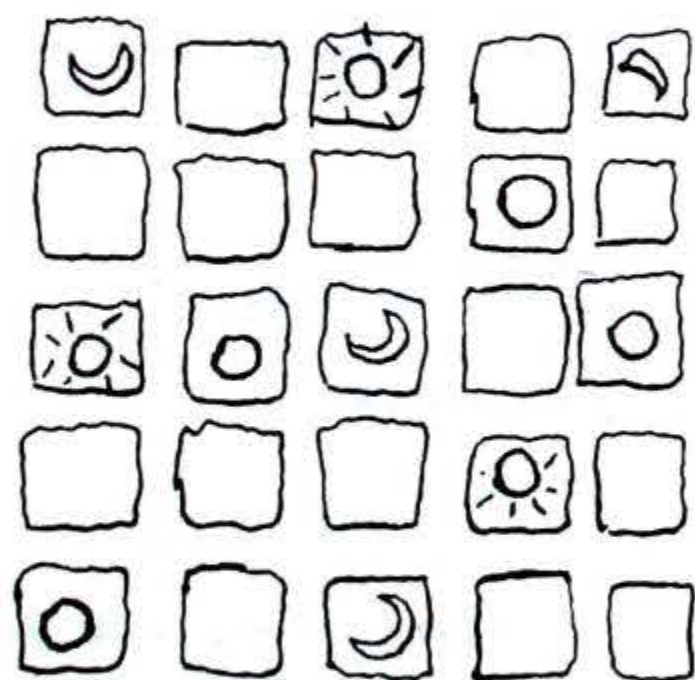
Gillette Saurat

Traducción de Gonzalo Mallarino, La Oveja Negra, Bogotá, 1987, 617 págs.

Otra vez, una vez más, la bibliografía bolivariana se ve aumentada en un volumen que busca, ante todo, la *admiratio* y que abandona el decoro de un mínimo de distancia crítica. Ya bien pasado el bicentenario del Libertador, y por tanto el cúmulo de homenajes de rigor, uno no ve bien cuál es el propósito específico de cansar la oferta biográfica que sobre Bolívar existe con una obra que —pese a su formidable extensión— no contribuye con nada nuevo, sorprendente o revelador sobre la vida y trabajos del creador de estas repúblicas. No se sugiere aquí que sea inútil escribir sobre nuestro más egregio ciudadano. Al contrario, es vital replantear el pasado. La comprensión de la vida y obra de Bolívar, por tanto, como las de todo nuestro panteón, se resienten por tratamientos como el que infunde la obra de Saurat. El elogio acrítico, la pretensión de hacer que el héroe destile lo sublime en cada uno de sus actos, altos y bajos; el querer constituir una imagen sobrehumana del héroe, son procedimientos contraproducentes que nos alejan más de la figura retratada en vez de acercarnos a ella. Afirmaciones como "agradecido, como todas las almas generosas, Simón Bolívar no perderá nunca la ocasión de manifestar su gratitud a aquellos con quienes se siente reconocido" (pág. 22) perjudican la imagen del biografiado, y no puede dejar de ser así. Decir que "su inteligencia, su cultura, pero sobre todo su elegancia, la distinción de sus modales que le venía del hábito del mundo y la vida cortesana, señalaban especialmente a Simón Bolívar para cumplir [...] una misión delicada..." (pág. 115) es substraer puntos a la imagen de Bolívar que se quiere evocar.

La concepción biográfica que Saurat despliega en estas páginas, su

codificación narrativa, debe mucho a los procedimientos de Hollywood: Bolívar como el "actor" (pág. 13); el Destino, un "gran director de escena" [sic] (pág. 14), y Simón Rodríguez, el mentor del joven Bolívar, una especie de guionista. Estos procedimientos pueden ser útiles como estrategia de mercadeo para vender *otra* biografía del Libertador (plagada de erratas por demás), pero al costo enorme de demeritar no sólo su figura y la percepción que de ella tenemos, sino de falsear del todo el propósito del texto biográfico: arrojar luz. Ya desde el prólogo, titulado "El juramento del Monte Sacro", la biógrafa comienza a privilegiar incansablemente los aspectos que podemos llamar "histriónicos" de la vida de Bolívar. Es claro que la intención general de la obra no es analítica o crítica. Al contrario, se trata de ejercer el tono panegírico de comienzo a fin. Es concebir a los protagonistas de la historia como se concibe la hagiografía. Esta continua falta de balance le resta valor al trabajo de Saurat. Haberlo evitado constituye, por su parte, un aspecto notorio de la biografía de Bolívar que Liévano Aguirre escribiera, o Gerhard Masur antes que él, y que son actualmente dos parámetros a los cuales la obra que reseñamos no se aproxima. Aunque ambos estudios aparecen incluidos en la biografía final, su inclusión allí no deja entrever los beneficios de su aporte o los que uno podría suponer.



Una preocupación central en la obra de Saurat parece haber sido la de dilucidar el asunto de los orígenes: los orígenes del clan Bolívar, los orígenes de la "rebeldía" del joven Simón, Los orígenes de su devoción por las

ideas de libertad política, etcétera. De ahí que el prólogo, precisamente, se ocupe en magnificar las consecuencias de un acto inaugural (el juramento del Monte Sacro) que nadie, excepto Simón Rodríguez, pudo escuchar. Ese hacer depender la carrera política posterior del hombre de acción de un ocasional juramento de juventud —que no le representaba ninguna obligación— tiene toda la atracción dramática a la que biografías como ésta no pueden sustraerse, y que en realidad necesitan para tender un hilo de interés a lo largo de sus muchas páginas: ante los posteriores embates de la vida, el héroe (y especialmente sus biógrafos) siempre pueden apelar a esa promesa para restituir su dinamismo o pulsión iniciales. Así, el Bolívar de Saurat se acerca peligrosamente al protagonista de *Corazón* de Edmundo de Amicis: salvadas las diferencias de edad y otras, ambos buenazos se sobreponen a toda adversidad por el compromiso que está en el origen de sus periplos. En fin, esta concepción de la biografía asimila un personaje histórico de la complejidad y trascendencia del Libertador a un héroe de farándula al estilo televisual: ninguna mujer escapa al seductor Bolívar. El énfasis textual en sus hazañas de alcoba (virtualmente cada capítulo da cuenta de una nueva amante) permite suponer que la satisfacción fácil del lector ha sido la estrategia de caracterización favorecida por la biógrafa, sin que los datos editoriales permitan inferirlo (no se informa si la obra ha circulado en francés), uno puede imaginar, empero, la asimilación de estas exóticas aventuras por parte de sus lectores en las playas del verano francés.

Que existe una visión exótica de Bolívar y su entorno en la biografía de Saurat es evidente: durante su embajada en Londres, "Simón decidió una noche ir a calmar los ardores de su *temperamento tropical* en una de esas casas de placer . . ." (págs. 129-130). Uno podría preguntarse qué "ardores" calmarían allí los londinenses. Al regreso de su exilio de decenios, Miranda "llegó a atribuir [. . .] el calor de la acogida [. . .] más a la tendencia de las gentes *tropicales* a inflamarse al paso de un bello desfile" (págs. 136-

137). Ya antes, Miranda había aparecido en el texto como una "especie de Wilhelm Meister tropical" [sic] (pág. 57). Y son "las imaginaciones tropicales" (pág. 101) las que magnifican los hechos de la independencia. Subliminalmente se va constituyendo así el Bolívar exótico-héroe-de-película para consumo extranjero, preferentemente en la playa o en la sala de espera de trenes y aviones. Paralelamente, existe una visión de lo francés autocongratulatoria. El ayudante de Bolívar, Carlos Soublotte, tenía "la frialdad y la circunspección" que "le venía tal vez de los orígenes franceses de su padre" (pág. 141). Al narrar la toma de Buenos Aires por los ingleses, Saurat se pregunta: "¿No es una constante de la política inglesa el dejar en libertad a gentes audaces, sin escrúpulos . . . ?" (pág. 96). Las acciones de "la pérfida Albión" son ampliamente expuestas como nefastas. Jacques de Liniers, el francés que retoma la ciudad a nombre de España, será en cambio un "magnánimo y caballeresco Reconquistador" (pág. 100).

En conclusión, una biografía del Libertador como la reseñada aquí puede, con todo, tener cierta relevancia en otros medios donde el nombre de nuestro país se confunde a menudo con el de *la Bolivie*. Para los jóvenes liceístas de esas tierras, evidentemente, dejará algún rédito la lectura de esta obra en que lo exótico de sus héroes tropicales es incitación a su consumo.

No así para nosotros.

GILBERTO GÓMEZ OCAMPO

Demasiado Mozart

Mozart (*ma non troppo*)

Javier Cobo Torres

El Ancora Editores, Bogotá, 1988, 147 págs.

Mozart (ma non troppo) es otro de los textos ilustrados de la serie de biografías del caricaturista, pintor y